

No, los libros no nos salvarán

Contra la romantización en la cultura

Pablo Cerezo

Librería Pégamo, Madrid

Los aniversarios siempre se me acaban olvidando, mi memoria se pierde entre las fechas importantes y, desde la pandemia, mi capacidad para localizar los eventos en los espacios temporales se ha visto claramente mermada. Así que pongamos, por decir algo, que Pégamo ha cumplido ya casi dos años desde su reapertura. Dos años desde que la librería más antigua de Madrid, con sus grandes anaqueles de madera antigua, su olor a clásico y sus altos techos volvió a la vida. Dos años de resistencia que se suman a los más de setenta que la familia Serrano, antiguos regentes, defendieron el espacio, *el último reducto rojo del barrio de Salamanca*¹, un pequeño enclave en defensa de la libertad que ayudó, como tantas otras actividades anónimas y humildes, a traer la democracia de vuelta a España en sus décadas más oscuras.

Tras el Covid, Lourdes Serrano, quien había llevado la tienda desde que se la legase su padre, decidió liquidar el negocio y Pégamo parecía abocada al cierre. Los periódicos locales y nacionales se hicieron eco de la noticia: «Las ciudades pierden sus comercios locales», concluían la mayoría; «Una epidemia destruye el tejido de los barrios: todo aquello que no son terrazas o pizzerías está condenado al fracaso», declaraban otros; «Los jóvenes no leen, el libro está condenado», afirmaban los menos.

Meses después, los mismos medios narraban cómo un anónimo empresario rescataba la librería. Y ahora, casi dos años más tarde, Pégamo sigue resistiendo. Pero lejos de la parafernalia literaria, de los grandes titulares nos-

1. <https://www.publico.es/culturas/cierra-libreria-pergamo-barrio-salamanca-madrid.html#:~:text=Cierra%20la%20librer%C3%ADa%20del%20barrio,de%20un%20animal%20en%20extinci%C3%B3n>.

tálgicos de otra época o de esos artículos agoreros que llevan décadas anunciando la muerte del libro, ¿qué implica realmente que una librería se mantenga?

POR AMOR AL ARTE

Jamás he ido a un restaurante y he pedido que me invitaran al postre, y sin embargo no falla la semana que algún cliente me pide un descuento al pasar por la caja. ¿Por qué cualquier persona entiende que sería absurdo acercarse a una dependienta en una tienda de ropa y preguntarle si regalan unas zapa-tillas con la compra de un jersey y, sin embargo, nos parece normal pedirle a un librero si te hace un 3x2? ¿Por qué aplicamos a la cultura condiciones que no concebimos para ningún otro ámbito de nuestra vida?

Porque le hemos conferido dotes que no le corresponden. La hemos mitificado como el último resquicio de un mundo pasado, hasta tal punto que el mero hecho de trabajar en algo romántico y apasionante parece ser pago suficiente por ello. Como tan bien argumenta Remedios Zafra en su necesario *El entusiasmo*, el mundo de la cultura está repleto de «sujetos envueltos en precariedad y travestidos de un entusiasmo fingido, usado para aumentar su productividad a cambio de pagos simbólicos o de esperanza de vida pospuesta». Quienes nos dedicamos a algo que nos llena somos unos afortunados, sí, pero eso nunca debería ser pago suficiente.

La cultura ha estado siempre envuelta de discursos mesiánicos. *Solo los libros nos pueden salvar de la barbarie*, corean las columnas de opinión ante el avance sin paliativos de la extrema derecha en la última década. Sin embargo, y a pesar de los libros, la extrema derecha sigue ascendiendo.

Este discurso es problemático por varios motivos, sobre todo porque es falso: si la cultura es el último dique contra el nihilismo y la sinrazón, ¿por qué el nihilismo y la sinrazón siguen expandiéndose?, ¿por qué arrojamos responsabilidades sobre la cultura que quizás se deberían estar poniendo en otros focos? Dotando a la cultura de un aura de salvación que la aleja de lo terrenal la volvemos un ejercicio impracticable. Resultaría injusto, hasta egoísta, cobrar por un libro cuando es el único objeto que nos puede rescatar del abismo. ¿Qué desalmado cobraría por un salvavidas en un barco que se va a pique?

Pero he ahí la clave de la cuestión: hablar de cultura sin hablar de economía ni de política es hacernos trampas al solitario. El ámbito de la cultura ya es de por sí lo suficientemente difícil, precario y exigente para que encima se le exija la salvación de la sociedad occidental. Por eso, en un contexto de

inseguridad laboral y precariedad, defender la cultura pasa por señalar en qué condiciones se produce, quién y cómo se sustenta. Obviar ese suelo de partida implica naturalizar la situación sin cuestionar por qué hay tantas voces que son excluidas del mundo cultural.

Ojalá la cultura fuera un espacio no mercantilizado libre y accesible para todas, y se garantizase su acceso como un derecho, pero hasta entonces toca asumir que las librerías son negocios que dependen más de facturas, cajas y balances de resultados que de versos entonados entre anaqueles llenos de polvo. Pero lo mismo se puede aplicar a jóvenes que, empantanados en el pluriempleo, no encuentran las horas para terminar sus novelas, o a artistas que no pueden costearse el alquiler de un techo donde seguir creando. Bajar la cultura del pedestal en el que la hemos situado como sociedad es la única manera de hacer cultura honesta. Por eso me siento más cercano a un frutero que al último bibliotecario de Alejandría, y eso no es ningún problema, siempre y cuando no se quiera ser lo segundo.

Cada semana, en la librería nos enfrentamos a una de las tareas más difíciles: poner a punto la mesa de novedades. Frente al ingente número de títulos que afloran en el mercado editorial, una humilde librería como Pégamo tiene que hacer un delicado proceso de curaduría decidiendo qué entra y qué se queda fuera, qué títulos ocuparán el espacio de otros libros que quedarán relegados a un pronto y, seguramente, injusto olvido.

Cualquier lector que visite con asiduidad una librería sabe que la avalancha de novedades editoriales es abrumadora e imposible de digerir. Pero pocos conocen que esto se debe a un modelo económico que, a riesgo de simplificar, ha hecho del sector del libro una burbuja que se fundamenta en una huida hacia delante, esperando que el libro de mañana pague las cuentas del de hoy y así sucesivamente. El mercado está sobreestimulado precisamente porque sigue lógicas mercantiles despiadadas, y si no hablamos de eso no podremos comprender las condiciones del entorno editorial actual en España.

Rompamos entonces esa visión incólume de la cultura como algo que flota en un espacio etéreo, brillante y barnizado. Las librerías, como cualquier otro artefacto cultural, solo tienen sentido al situarlas en el contexto: social, político, geográfico, económico... ¿por qué nos da tanto reparo hablar de negocio y cultura? Temerosos de que las relaciones mercantiles manchen el noble arte de los libros, en realidad no apuntamos a las estructuras en las que se construye el mundo de la cultura.

ENTONCES, ¿ES O NO LA CULTURA UN NEGOCIO MÁS?

Solo desde esta óptica se pueden plantear las librerías como proyectos culturales más amplios. Los libros no nos pueden salvar, en ellos no habitan las soluciones a nuestros problemas, quizás ni siquiera las preguntas, pero cuando las personas se reúnen en torno a un libro dialogan, y de ese diálogo es de donde quizá pueda brotar algo. Pero para eso las librerías tienen que llegar a fin de mes, tienen que pagar sueldos dignos a sus empleados, y dotarles de tiempo y confort para que lean y curen el contenido de sus librerías.

Lo mismo se les puede exigir a las instituciones públicas: los imaginarios románticos en torno al libro proyectan la imagen de un mundo clásico amenazado por la digitalización desenfrenada, cuando la realidad es que los libros se enfrentan a retos mucho más mundanos. Aunque a muchos luditas les amargue sus fantasías analógicas, el mundo cultural se ve más amenazado por el precio de los alquileres que por el Kindle.

Las librerías son socialmente valiosas si tienen capacidad de construirse como espacios de socialización alternativos. Es cierto eso que apuntaban los titulares: nuestras ciudades están cambiando a velocidades frenéticas. Agrietados, los barrios pierden sus lugares de encuentro, los espacios son cada vez menos nuestros y más homogéneos. Ante ese escenario, ojalá las librerías puedan ayudar a que arraiguen las relaciones. El sociólogo Eric Klinenberg habla de los palacios del pueblo como aquellos espacios en nuestras ciudades donde a través del encuentro con el otro se establecen relaciones que fortalezcan y amplíen la comunidad democrática. Parques, bibliotecas, guarderías, y ¿por qué no?, quizás también librerías.